

“Chabela” Blanc

De cocinera de estancia a productora ganadera

Autor: Instituto Nacional de Colonización

Virginia Courdin

Ing. Agr. Dpto. Ciencias Sociales, CENUR Litoral Norte,
Universidad de la República.
vcourdin@fagro.edu.uy

Karina Blanc

Productora ganadera del departamento de Paysandú.

1- INFANCIA Y ADOLESCENCIA: ¿CUÁNTO UNA SE QUIERE ACORDAR?

Nací en una familia que estaba compuesta por mi padre, mi madre y éramos tres hermanas. Yo soy la del medio. Nací en el hospital de la ciudad de Paysandú, al igual que mis hermanas. Mi madre nos tuvo a las tres por cesárea y sufrió bastante en esos momentos. Particularmente, en mi cesárea se le pegó la vejiga al útero y se dieron cuenta luego de 3 años cuando quedó embarazada de mi hermana menor. ¡Eran unas “judierías” las cesáreas de aquel entonces!

Viví gran parte de mi infancia en campaña, en el campo que mi padre al principio le arrendó a mi abuelo paterno y que luego lo heredó. Era una fracción de menos de 300 hectáreas. Como toda familia de productores, nosotras —ella y sus hermanas— estábamos siempre involucradas en las tareas ayudando. Recuerdo que en un petiso tordillo ayudábamos a juntar las ovejas, para la señalada,

*Sólo aprendí de la vida...
pero en la ruralidad hay saberes
que no se pueden enseñar en otros lados.*

para dar toma¹, para llevar a lo de un vecino a bañarlas... echar al agua y horquillar². ¡Me encantaba trabajar con las ovejas! A veces mi padre nos llevaba en la zorra del tractor al campo a juntar piedras, cortar espinas... También me acuerdo que ayudábamos a mamá en las tareas de la casa, limpiar, barrer el patio que era de tierra, tirar la basura, lavar la ropa a mano. Intercalado con las tareas que nos daban, jugábamos mucho al aire libre, trepando árboles, techos... nos paseábamos en carretilla, patinábamos en la escaracha de las heladas, asábamos choclos... y en verano nos escapábamos a la hora de la siesta para comer duraznos, damascos o la fruta que hubiera. A mi particularmente me encantaban los animales. ¡Era muy “bichera”! Criaba pichones “guachos” de lo que fuera, incluso algunos que me regalaban los vecinos. Las grandes diversiones eran ir a la casa de algún tío en invierno cuando se hacían “factureadas”³ o al arroyo en verano a pescar y a bañarnos ¡una fiesta para nosotras!

Tuve una preciosa infancia, rodeada de campo y “bi-

1) Término que refiere a la dosificación oral de los animales, particularmente de los ovinos.

2) Término que refiere al manejo de la horquilla. La horquilla es una herramienta utilizada durante el baño lanar para asegurar la inmersión completa del animal.

3) Término que refiere a la elaboración de chacinados.

chos”, donde para mí el mundo era chico, casi que terminaba en la ruta. Paysandú (ciudad) era un lugar a donde íbamos de vez en cuando y desde muy lejos.

Fui a una escuela rural que me quedaba a poco más de un km de distancia. Íbamos caminando con mi hermana más grande. Cuando cursaba cuarto año, mi hermana mayor se fue a la escuela en Paysandú (ciudad) a hacer sexto año. Porque en aquel entonces se pensaba que tenía que ir ambientándose para cuando le tocara pasar al liceo. Durante ese año ella vivió con mis abuelos paternos, que eran los que vivían en la ciudad. Al año siguiente, cuando pasó al liceo, mis padres decidieron alquilar una casa y que mi madre se fuera a la ciudad con nosotras, porque mi hermana extrañaba mucho. Hice quinto y sexto en una escuela de la ciudad. ¡El contraste de realidades me marcó! Salí de una escuela rural donde había 25 niños en total, a una escuela urbana que tenía 450 niños por turno. Me sentí desorientada, no conocía las cosas más comunes de la ciudad, tenía miedo de las cosas más insólitas... Mi mundo hasta ese entonces había sido muy pequeño.

Como mi padre siguió viviendo en el campo, nos veníamos todos los fines de semana para campaña. Salíamos los viernes de tarde y volvíamos los domingos de noche,

siempre en ómnibus.

Luego pasé al liceo. Hice el liceo completo hasta quinto año. De sexto me quedaron unas materias. A pesar del esfuerzo no logré terminar en aquel momento.

Mi padre era de origen rural. Venía de una familia un poquito mejor “acomodada” que la de mi madre. Completó la primaria, no así la secundaria. Desde jovencito trabajó con su padre en el campo. Y fue a lo que finalmente se dedicó toda su vida.

Mi madre también era de origen rural, hija de una familia de pequeños productores. Eran 15 hermanos, siendo ella una de las más grandes, pero no la mayor. Todos trabajaban en las tareas del campo, como cosechar, plantar, ordeñar las vacas, hacer leña, “embarrar” el rancho... Mi madre nos contaba que para ordeñar se levantaban a las tres de la mañana para ir a buscar las vacas. Cuando era invierno, después que las vacas se levantaban, ellos se paraban en el pasto tibio para calentar los pies descalzos. Cosechaban algodón a mano y se lastimaban con el filo de los capullos secos. Como mi abuelo paseaba con el arreador para que no hicieran “cebo”, no quedaba otra opción que aguantar y seguir trabajando. Arar y andar con los bueyes era el “pan de cada día” para mi madre. ¡Una



Karina Blanc.

vida muy sacrificada y llena de dificultades! A la escuela iban cuando podían, porque antes había que hacer las tareas. Mi madre es prácticamente analfabeta, sólo logró ir un año a la escuela, y salteado. Además, los educaban de forma severa, los castigaban bastante. Una vez le dieron una paliza tan grande que terminó varios días en cama.

Hubo algo que marcó a mi madre y que siempre contaba. Ella nunca tuvo una muñeca de niña, nunca le compraron o regalaron una. Con sus hermanas las hacían de marlos de choclo. Y varias cosas de su vida estuvieron relacionadas a ese hecho. Ese año que ella fue a la escuela, la maestra compró una muñeca y una pelota y les dijo a los niños “Estos premios son para la pareja que baile mejor el pericón”. Mi madre se desvivía por bailar bien, porque ella quería la muñeca. Pero la maestra el día anterior a la fiestita donde iban a bailar, cometió el error de decir “Los que bailan mejor son fulanito y menganita” que era mi madre y su compañero. Los demás niños dolidos dijeron “Si ellos son los que bailan mejor y se llevan los premios, entonces que bailen ellos solos, nosotros no bailamos”. Para remediar la situación la maestra dijo que no daría los premios a nadie y que bailaran todos los niños. Para mi madre aquello fue un “balde de agua fría”, porque tenía una ilusión muy grande. Bailó llorando ese día, con la esperanza de que la maestra le diera la muñeca, ¡aunque fuera a escondidas! Pero no fue así... Años después, cuando tenía 15-16 años, fue a trabajar como ayudante de una costurera. Con su primer sueldo se compró ¡dos muñecas! Pero se dio cuenta que ya no jugaba con muñecas, entonces las tuvo un tiempo de adorno hasta que se las regaló a unas sobrinas para que ¡ellas sí tuvieran muñecas! Eso fue algo que la persiguió toda su vida... entonces yo me pregunto “¿cuánto daño son capaces de hacer los adultos? a veces consciente y a veces inconscientemente”.

Mis padres se conocieron en una kermés. Mi madre quería irse de la casa, porque pasaba muy mal allí, y el casamiento era la única opción. En ese entonces se pasaba de la tutela del padre a la del marido. La opción de ser soltera, independiente y mantenerse sola era “mal vista”. Se casaron, sin conocerse mucho, y se fueron a vivir al campo. Luego de eso fuimos naciendo nosotras.

Creo que, a causa de esa vida tan dura, cuando yo era chica mi madre se enfermó “de los nervios”. En realidad, no sé si fue en ese momento o venía de antes. Ha estado enferma toda su vida. Las enfermedades psiquiátricas ¡son horribles! Se diagnostican mal, se tratan mal... Son difíciles de saber cuándo empiezan porque no tienen un diagnóstico físico que uno pueda ver. La cuestión es que a ella le daban unas “pataletas”, como unos ataques de epilepsia. Varias veces mi padre no estaba, andaba de pesquería y nosotras solas “apechugábamos” con aquella situación. ¡Terrible! También me acuerdo las “peregrinaciones” por médicos, curanderos y cuanta cosa se creía que la pudiera ayudar

con eso que le pasaba y que nadie sabía bien lo que era. Pero poco logramos...

Mientras vivimos en el campo, mi padre se ocupaba de las tareas del campo y mi madre de la casa y de nosotras. Aunque en los primeros años de casados, que la economía era justa, mi madre trabajaba en las tareas del campo. Nos contaban que mi padre plantaba girasol... En esa época se cosechaba a mano, había que cortar la cachofa, pincharla en el vástago para dejarla secar y después juntarlas para cosechar. Mi madre cosechaba a la par de los varones de las cuadrillas que mi padre contrataba, y era de las que más “rendía”, sin dudas por la práctica que tenía. ¡Era una mujer aguerrida y trabajadora!

Cuando yo tenía unos 16-17 años mis padres se divorciaron. Nosotras nos quedamos en la casa que se alquilaba en Paysandú. Mi padre seguía viviendo en campaña y mi madre se había ido a trabajar al sur (del país).

Esa época fue muy complicada para nosotras (ella y sus hermanas). Mi hermana más chica y yo éramos asmáticas, nos “atacábamos” y teníamos que arreglarnos como podíamos. Mi padre cada tanto iba a la ciudad, nos llevaba carne y pagaba las cuentas. Aunque no siempre a tiempo. Entonces a veces nos cortaban el agua, a veces la luz... ¡Por suerte la casa tenía un aljibe!

Fue una época de dificultades económicas para nosotras. Yo el único abrigo que tuve por mucho tiempo era una campera que había sido de mi madre. Pero como ya no tenía más puño, se había deshilachado, la usaba remangada, ¡aunque hiciera un frío terrible! Yo decía que tenía calor.

Eso me motivó para empezar a trabajar. Conseguí trabajo en la mañana en una mueblería y a la tarde de niñera. Me acuerdo que ganaba 50 pesos por semana. Que para mí ¡era un “platal”!, aunque en realidad fuera poco. Por esa razón me pasé al liceo nocturno, porque no me daban los horarios. La cuestión es que cuando llegaba al liceo me dormía en clase. ¡Llegaba tan cansada! Porque además iba a todos lados caminando, porque no tenía quien me llevara y la casa donde vivíamos nos quedaba distanciada del centro. Creo que eso hizo que tuviera menos tiempo para estudiar y por eso no logré terminar el liceo en aquel tiempo... a pesar de que me gustaba estudiar.

El haber estado prácticamente solas ese tiempo, en el período de la adolescencia, llevó a que “la gente” murmurara o comentara respecto a nuestra situación. Incluso varios nos etiquetaron que “acabaríamos perdidas”. Pero “contra viento y marea” las tres logramos salir adelante, cada una haciendo su trayecto de vida.

Así fue como, entre horas de liceo, trabajo, festivales de la alegría y sorteando dificultades familiares pasé mi adolescencia. Por eso creo que me acuerdo más de mi niñez que de mi etapa adolescente...

2- FAMILIA: MADRE Y COCINERA DE ESTANCIA

A mi esposo lo conocí mientras trabajé en la mueblería. Porque él trabajaba en un escritorio rural que estaba al lado de la mueblería. Él también venía de una familia de campo, de una zona medianamente cercana a la de mi familia.

Estuvimos un año y poco de novios y nos casamos. Teníamos 18 años. Yo no tenía perspectivas de poder estudiar una carrera. ¡Veterinaria que era lo que yo anhelaba! Así que casarme y empezar un proyecto juntos parecía una buena idea. Aunque no supiéramos muy bien qué haríamos... Siempre nos llevamos muy bien. ¡Hasta el día de hoy congeniamos! A pesar de vivir y trabajar juntos, ¡lo que no es poca cosa!

Cuando nos casamos nos fuimos a vivir y trabajar a un comercio que tenía mi suegro en una zona rural sobre la ruta. Ahí estuvimos 2 o 3 meses. El comercio no daba ganancias para nadie, por eso buscamos otro trabajo. Conseguimos en una estancia de la zona. Él (esposo) de peón y yo de cocinera. Estuvimos trabajando allí un año y medio más o menos.

Cuando llegamos a esa estancia yo ya estaba embarazada de mi primera hija. Pasé el embarazo allí y fui unos días previo al parto a Paysandú (ciudad). Luego de los primeros días del nacimiento nos vinimos de vuelta para la estancia. ¡Y allí nos arreglamos! Usábamos pañales de tela y planchábamos con plancha de hierro calentada al fuego. Se cocinaba a leña, hacíamos jabón con grasa de oveja, no teníamos heladera, por lo que conservábamos el “consumo”⁴ en la carnicería⁵.

Recuerdo que mi sueldo se lo pagaba el patrón a mi esposo. Estaba “incluido” en el de él. Como tenía a mi hija chiquita, que requería cuidados y esa situación no me gustaba, renuncié por un tiempo. Después el patrón fue a hablar conmigo para que cocinara nuevamente. Ahí nos “arreglamos” de cuánto iba a ganar y que el sueldo me lo pagara a mí.

Al año y medio de estar trabajando en esa estancia, renunciamos por desentendimiento con el patrón. Aunque mantenemos un trato cordial hasta el día de hoy con él y su familia. Nos fuimos para la ciudad, a la casa donde había vivido de adolescente, y estuvimos un mes buscando trabajo. Porque en campaña cuando te quedas sin trabajo el mismo día te quedas sin casa, sin lugar para tus animales si es que los tenés.

Conseguimos trabajo en otra estancia donde estuvimos como 13 años. Allí nació la segunda hija. Un año y tres meses se llevan de diferencia entre ellas. También la tuve en Paysandú (ciudad), pero con ella nos vinimos enseguida

para la estancia.

En ese entonces ya teníamos locomoción, una NSU rural, que la máxima velocidad que alcanzaba era 50 km/h. Me acuerdo que cuando cruzábamos la cañada había que levantar los pies porque le entraba agua. Pero al menos, cuando lográbamos arrancarla, ¡teníamos en qué movernos!

En esa estancia al principio yo no cobraba sueldo. Si bien yo cocinaba para el personal efectivo y las demás personas que venían, estuve tiempo sin que me pagaran por eso. Hasta que un día pedí que me pagaran sueldo de cocinera. ¡Nadie quiere pagar una cocinera!, pero es un mal necesario... alguien le tiene que cocinar al personal de la estancia. Además, yo estaba reclamando un derecho. Sobre todo, porque en ese momento ¡no teníamos más que el día y la noche!

En esa época yo trabajaba bastante, pero en la casa porque era cocinera. Si bien ganaba poco, eso me dio la oportunidad en todos esos años que mis hijas eran chicas, de estar con ellas, atenderlas. Tuvimos la suerte de poder criarlas solas, sin la influencia de la sociedad más cercana, que son los parientes y amigos. Eso para mí fue ¡muy bueno! También alejados de la competencia por lo que tenes o no tenes, de la comparación de qué te regalaron o dejaron de regalar, que es algo que se da bastante en la ciudad.

Se criaron con nosotros, al modo nuestro. A ellas me dediqué “en cuerpo y alma”, me dediqué a conciencia. Siempre averigüé y trataba de darles todos los juegos que desarrollaran la inteligencia. Por ejemplo, les compraba “ladrillitos” [juego de encastre], acuarelas, crayolas, distintas texturas... Hacíamos collage... Siempre tratando de estimularlas en el aprendizaje. Cuando eran chicas les hacía toda la psicomotricidad que yo podía. Me cuestionaba “¿Qué tienen que aprender a esta edad?” e iba, buscaba información y si podía económicamente les compraba los juguetes que las estimulara. Cada vez que pudimos les compramos libros de cuentos... Y hoy en día son buenas lectoras.

Otra de las bases de nuestra crianza fue que a las gurisas nunca íbamos a mentirles. Siempre les dije la verdad, adecuada a la edad que tenían. Por eso desde chicas supieron quién era Papá Noel y los Reyes Magos; que el ratón Pérez no existía y que usábamos métodos anticonceptivos para no tener más hermanos. Ellas sabían que los demás niños no sabían y se “aguantaban” de nunca contar. Igualmente tenían sus regalos en las fiestas y sus “dinerillos” por los dientes que dejaban debajo de la almohada. El día de Reyes ponían pasto y agua para los camellos. Para nosotros aquello era un juego, donde jugábamos todos y ellas conocían las reglas. Generalmente les hacíamos muchos regalos caseros. Yo cosía a máquina. Además de hacerles ropa, les hacía juguetes. Y mi esposo manualidades en madera o con “cosas” que tuviéramos a

4) Refiere al animal que se faena para el consumo humano.

5) Carnicería se le llama habitualmente en el lenguaje “campero” a la habitación ubicada debajo de un depósito de agua, que por tal condición cuenta con temperaturas más bajas que el exterior.

mano. Tenían pocos juguetes comprados.

Las guriasas fueron a la escuela rural. La mayor empezó con 4 años. Iba y venía en ómnibus. Nosotros la embarcábamos en el ómnibus de las 8 de la mañana, hacía 10 km y bajaba frente a la escuela con otros niños que venían también en ómnibus. Allí el guarda los cruzaba la ruta y del otro lado los esperaba la maestra. Después la maestra la embarcaba para atrás, en el ómnibus de la una y algo de la tarde con los demás niños; y nosotros la íbamos a esperar a la ruta. Al año siguiente, cuando le tocó empezar a la menor, las cambiamos para una escuela más cerca. Fueron las dos a esa escuela hasta sexto año. Era la misma escuela donde había ido mi esposo de niño. Los primeros años nosotros las llevábamos en auto, teníamos un Fiat 147. La vuelta era en ómnibus y nosotros las íbamos a buscar a la ruta. Me acuerdo que siempre llegaban dormidas y el guarda nos ayudaba a bajarlas en brazos. ¡Hasta ahora nos acordamos de ese guarda! Después empezaron a ir a caballo. Iban y volvían, 14 km en total. Pasaron las mil vicisitudes, como todos los gurises de campaña.

Cuando a la mayor le tocó empezar el liceo, ya había salido la modalidad 7mo, 8vo y 9no en algunas escuelas rurales. Entonces pudo empezar en otra escuela de la zona. Pero fue una mala experiencia.

La más chica quería ir a la escuela agraria. Cuando fuimos a anotarla, a la mayor le gustó y también se anotó. Al año siguiente marcharon las dos para allí, una a hacer primero y la otra segundo. Las dos terminaron el ciclo básico en esa escuela agraria, que quedaba a más de 100 km de casa.

En ese interín se vende la estancia donde trabajábamos y nos quedamos sin trabajo. Tuvimos que juntar todo lo que habíamos organizado en 13 años de vivir allí e irnos. Si bien no era por nuestra voluntad que nos fuimos o por mal comportamiento, igual tuvimos que reclamar que nos pagaran el despido. En ese momento lo necesitábamos, ya que quedamos los dos sin trabajo y las guriasas estudiando.

Años anteriores le habíamos comprado un campito de 9 hectáreas al patrón, que se lo pagamos en cuotas. Nosotros queríamos tener una casa propia, que nos diera seguridad, que, si un día nos quedábamos sin trabajo, tuviéramos un lugar donde ir a parar. Y allí nos fuimos. De a poco fuimos haciendo la casa, el pozo, el galpón... Como todos los trabajadores, creciendo de a poco, con "parches".

Enseguida conseguimos trabajo en otra estancia, lejos de la zona donde habíamos estado hasta ese momento y de nuestra casa, aunque más cerca de la ciudad de Paysandú.

Desde la nueva estancia la ruta nos quedaba lejos para llevar y traer las guriasas a tomar los ómnibus correspondientes. En ese momento la mayor comenzó segundo ciclo en otra escuela agraria, más lejos aún. A ella la teníamos que sacar todos los lunes a las 3 de la mañana para que tomara el ómnibus de las 4. Iba los lunes, quedaba en el

internado toda la semana y volvía los viernes de tardecita. A la menor la sacábamos a la ruta lunes por medio, porque la escuela era de alternancia, a tomar el ómnibus de las 8 de la mañana. Y volvía los sábados al mediodía. ¡Ese año nos pasamos acarreado guriasas! Al año siguiente la menor también pasó a la escuela agraria donde iba la hermana, entonces iban y volvían las dos juntas.

Mientras trabajamos en esa estancia yo era la que cuidaba nuestros animales, que habíamos dejado en la zona donde vivíamos, dispersos en diferentes campos. Si bien al principio trabajé de cocinera, después dejé. Porque la tarea de venir a recorrer los animales me llevaba tiempo por la distancia. La decisión la tomé un día que vine y se nos había muerto "atracada"⁶ una vaca, que además era de las guriasas. Esa vaca significaba 4 o 5 meses de mi sueldo de cocinera. Los patrones nos ofrecieron comprarnos los animales, pero nosotros pensábamos que por más que no nos dieran muchas ganancias era el capital que teníamos ante cualquier necesidad... y siempre podía aparecer la posibilidad de tener un campo...

Las guriasas siempre nos ayudaron... curábamos abichados, señalábamos, descolábamos... los trabajos grandes los hacíamos los fines de semana cuando ellas estaban en casa. Para la esquila contratábamos una máquina chica y nosotros acondicionábamos. Hacíamos todo el trabajo que podíamos juntos. Recuerdo que una de ellas tenía un novio, que la venía a visitar los fines de semana y se le quejaba "En tu casa los fines de semana sólo trabajan".

Cuando la mayor terminó el bachillerato se fue a Salto a la Universidad. Eligió una carrera que tuvo algunas dificultades en la coordinación de materias lo que la desestimuló y al año siguiente cambió de carrera. Se "enganchó" en Paysandú con otra carrera, que es de lo cual se recibió. Antes de recibirse ya había empezado a trabajar en la Universidad, donde sigue y ahora está haciendo un posgrado en su área.

La menor después de terminar el bachillerato agrario también se fue a la Universidad a Salto a estudiar. Estuvo tres años y después vino a Paysandú a terminar. Ahora está en el último "tirón" de la carrera. Además, ya hace algunos años que trabaja como docente en escuelas agrarias.

Yo quería que las guriasas estudiaran para tener otras oportunidades. Si estudiaban al menos iban a tener otras opciones. Capaz terminaban como yo, de cocinera de estancia, pero que fuera en todo caso por elección y con la capacidad de negociar condiciones justas. Además, para que les abriera la mente, que tuvieran conocimiento de otras cosas. Y siempre les dije "Lo que empiecen tienen que terminar, no importa lo que estudien", porque nadie es medio peluquero o medio veterinario. Si estudias algo es importante que lo termines. Para después poder elegir

6) Término que refiere a parto distócico.

el empleo que sea más valorado y mejor pago. Capaz al principio no es fácil, pero seguro vas a tener otro panorama.

A mí me hubiese encantado estudiar. Veterinaria me gustaba. Es más, terminé el bachillerato hace poquitos años, gracias al programa Uruguay Estudia. Viajaba todas las semanas a Paysandú. Ahora tengo el bachillerato terminado. Cuando yo estaba en 6to del liceo, los primeros años de Veterinaria ya se daban en Salto, yo no tenía mucha información de eso, pero algo siempre “pispeaba”. Entonces le dije a mi padre que yo quería estudiar veterinaria, y él me dijo “No negra, qué vas a estudiar, no podemos”.

Tanto me gustaba la veterinaria que después que empecé a trabajar en la mueblería me compré con la plata que cobraba el Manual Merck de Veterinaria. ¡En cuotas! En 12 cuotas pagué el libro. Después lo terminó usando mi hija más chica en varias ocasiones. Hace unos años me compré una edición más nueva. ¡Me encanta!

A lo largo de mi vida siempre que he podido he estudiado. Hice cursos o cursillos, de clasificación de lanas, de pasturas, de género, de trabajo en equipo, de asistente en medicina veterinaria. Cursé dos años de psicología positiva, viajando todos los sábados a Paysandú (ciudad).

Lo único que me cuestiono de haberles inculcado a las gurias que estudiaran, es que cuando hoy por hoy paro y miro para atrás, me doy cuenta de que las “desarraigamos”, que ya no son de ninguna parte, ¡han andado tanto!... No son de acá, no son de allá. Siempre tuvieron que dejar amigos y compañeros por el camino. En esas condiciones de vida y estudio, es difícil, y sobre todo a esa edad, lograr mantener vínculos a largo plazo. Si bien tienen una raíz acá, en la zona, no pueden venir a vivir acá, viven en una ciudad que no tiene los ritmos con los que ellas se criaron y vivenciaron de niñas. Pero a su vez pienso, el estudio es algo que no te lo quita nadie, mientras que el capital va y viene. Aunque a veces me cuestiono “¿Será el estudio, con el desarraigo que ello conlleva, la única forma que tienen las jóvenes rurales de ser independientes, autosuficientes y realizarse en la vida?”.

Otra cosa que siempre les inculqué es que tenían que tener su plata, su dinero. Por ejemplo, yo les decía “Ustedes tienen que trabajar para tener sus cosas”. Acá en campaña el tema de la locomoción es importante. De hecho, sos y haces muchas cosas en función de eso. Porque si tenés en qué moverte podés ir a la ruta, a un baile, al almacén. En la ciudad eso no pasa tanto. Entonces les decía “No tienen que esperar que nadie las venga a llevar, que nadie las venga a buscar o a traer. ¡No tienen que depender de nadie!”. Hoy día ellas son independientes, tienen su locomoción y se manejan solas. Compartirán la vida con alguien si lo desean, pero no por el “aprieto” de cubrir necesidades.

Al campo, no sé si volverán... Y si lo hacen, será con otras perspectivas. Quizás la comunicación y el relacionamiento con sus pares que se quedaron acá sea más difícil,

diferente, porque han cambiado los puntos de vista, las expectativas, los intereses...

3- LA COMUNIDAD: SER UNA REFERENTE

Es increíble cómo las políticas públicas tienen influencia y eso uno lo ve cuando se para y mira años para atrás. Nosotros formamos el grupo de productores en el año 2009. Lo creamos porque había un mensaje de la política pública que había que asociarse, un mensaje que diez años antes no estaba. Así como nosotros nacieron otro montón de grupos, “eran como hongos”. Algunos se desarmaron y otros siguieron. Como toda cuestión de la vida normal.

Como grupo tuvimos la oportunidad de participar en la Mesa de Desarrollo Rural (MDR) de Paysandú, que había empezado a funcionar el año anterior. A su vez, nos tocó repartir ración en la zona, medio enseguida de formarnos porque hubo una seca importante ese verano.

En 2011, el Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca (MGAP) junto con la FAO trajo a la zona unos talleres de Portafolio de Activos, que los dictaba la REPEM-LAC, que es la Red de Educación Popular entre Mujeres de Latinoamérica y el Caribe. Que por esos años tenían sede en Uruguay. Las talleristas eran de Montevideo, ¡me acuerdo de casi todas! Se dio un taller acá en la escuela rural de la zona, otro taller en un centro poblado a unos 50 km de Paysandú y el último fue en la ciudad de Paysandú. ¡Eso para mí fue el detonante! Las inquietudes que yo había tenido toda mi vida las ví así, plasmadas en una. ¡Fue como una revelación!

Al año siguiente las de REPEM-LAC me llamaron y me invitaron a hacer un curso en Montevideo, que duraba una semana. Que también era de incidencia política. Fui, lo hice. ¡Estuvo espectacular! En ese curso participaron mujeres de Paraguay, de Argentina, de Brasil, Chile. Varias con las cuales hasta ahora seguimos en contacto. Ahí fue cuando conocí la terminal Tres Cruces en Montevideo. Donde me pasó algo muy gracioso y que refleja lo que nos pasa a “los del interior”, y más del interior profundo, cuando vamos a la capital o a lugares desconocidos. La cuestión es que la persona que nos iba a recibir nos dijo “Las espero al lado del ascensor”. Cuando llegué, me bajé del ómnibus y enseguida vi que había un ascensor y me paré allí. Lo que no percibí fue que esos ascensores que están en el sector de los andenes son los de carga, que utilizan las empresas de transporte. Al rato de haber llegado la persona me escribió un mensaje preguntando si había llegado, y yo le respondí que sí y que ya estaba parada al lado del ascensor. Después del intercambio de mensajes con los detalles de la confusión, nos pudimos encontrar. Al día de hoy he aprendido a reírme de esas situaciones, que son “Cosas chicas para el mundo, pero grandes para mí”.

Después de esas capacitaciones vine y le planteé al grupo, yo quiero trabajar con mujeres, en nombre del grupo de productores como organización. Y quiero trabajar con las mujeres de acá (de la zona). Y ahora pienso ¡qué coraje el mío!. La cuestión es que mandé un papelito al pueblo. Además, en esos años nosotros no vivíamos en la zona, estábamos trabajando en un establecimiento que quedaba lejos. Yo mandé un papel, le pedí a una compañera del grupo que tiene almacén, que lo pegara en la puerta y convoqué a las mujeres del pueblo para una reunión. En esa reunión de mujeres, yo les di un mini taller de lo que había recibido por el Portafolio. Una impronta con lo que yo recordaba y había preparado. Y bueno, esas mujeres “agarraron un viento en la camiseta” que ni te cuento. Y empezaron a decir “Nosotras queremos hacer un grupo”, “Queremos hacer un grupo”. Entonces hicimos un grupo y nos empezamos a reunir. Y ahí empezó todo... Se hizo el grupo de mujeres. Se hizo un reglamento. Nos reuníamos todos los meses. La idea del grupo era que las mujeres conocieran los derechos que tenían. ¡Porque nadie reclama lo que no conoce! Para reclamar algo primero tenían que conocer los derechos.

Enseguida empezamos a pensar cómo conseguir recursos para el grupo. Porque vimos que se necesitaban recursos, así fuera para comprar un cuaderno y una lapicera para llevar las actas. Al principio creo que fijamos una cuota de 10 pesos por mes, porque no se podía pedir más de eso. Entonces ahí, a mi esposo se le ocurrió la idea de hacer capas de ovejas. Porque lo que teníamos que hacer era algo que no tuviese casi costo, que fuese sencillo de elaborar, que no llevase grandes tecnologías, grandes inversiones... Y ahí arrancamos con el proyecto de las capas de ovejas.

Es difícil trabajar con la sociedad civil. Con gente carenciada, pero no la pobreza económica, sino cuando se tiene otro tipo de carencia, como la educativa, emocional... ¡Es muy difícil! Porque uno romantiza la pobreza. De lejos es precioso, pero de cerca es otra cosa.

Yo no fui a una realidad que yo no conociera. Yo a esas mujeres las conozco a todas desde que era gurisa chica. Por eso las elegí, porque las comprendo y me mimetizo mucho con ellas. Las sé llevar. Porque sé las crudas realidades que muchas de ellas han vivido, aunque reconozco que no las he vivido yo... Todas tenemos una historia diferente. Pero es difícil. “No es soplar y hacer botella”. No es que yo vengo acá y aporto mi tiempo, aporto mi trabajo, pongo mi vehículo para hacer un bien general y entonces todos se van a dar cuenta y va a funcionar bárbaro. ¡No, no es así! La gente incumple, no se compromete... Pero es lo que les han enseñado. Por política pública también. Les han enseñado que una vez cada tanto vienen y les dan lo que necesitan en el momento... cinco chapas, una ventana, tres bolsas de portland... y tienen que decir “gracias, señor”. Y

a los niños les tiran unos caramelos en el piso para que los agarren como si fueran gallinas comiendo maíz. Entonces, es lo que se les ha enseñado, es lo que hemos aprendido.

El grupo de mujeres tuvo grandes logros. Ganamos el sexto premio del llamado del Ministerio de Industria, Energía y Minería para el 8M [8 de marzo, Día Internacional de las Mujeres]. Que le generó un aporte económico importante para poder trabajar y realizar infraestructuras que aún hoy están para uso de la comunidad. Recuerdo que fuimos todas a recibir el premio. Conseguimos que una empresa del medio nos pagara el transporte y que el MGAP colaborara con viáticos. Para varias mujeres esa fue su primera salida fuera del departamento. Después varias participaron en un curso sobre género en el Centro Agustín Ferreiro en Canelones a través de la Reunión Especializada de Agricultura Familiar (REAF). También, muchas de ellas nunca habían dormido fuera de sus casas.

A partir de las formaciones que recibí y las acciones que emprendimos con las mujeres me fui “fogueando”. Fui participando en otras actividades. Me llamaban para dar charlas a otras mujeres, a grupos de mujeres. Me acuerdo que fui hasta Cerro Largo a dar un taller de Portafolio de Activos, psicología positiva y elaboración de capas de ovejas a mujeres privadas de libertad. También a Rio Negro a mujeres de una colonia. Colaboramos con la formación de otros grupos, entre ellos el grupo de jóvenes del pueblo de la zona.

También, con el grupo de productores trabajamos varios años para lograr que en la zona funcionara una escuela agraria, que diera oportunidad a los jóvenes que por distintas razones no podían acceder a oportunidades educativas que estaban distantes. En 2016 logramos concretar ese sueño. También para que el campo que hoy estamos se transformara en una colonia. Incluso hasta el nombre lo solicitamos nosotros, haciendo honor a un poeta y cantante sanducero que su madre fue cocinera de estancia. Como varias de las mujeres que hoy somos colonas éramos cocineras, nos parecía un lindo homenaje.

Como integrante de la MDR de Paysandú, que venía



Karina durante una actividad de la REAF en Brasil.

participando desde el 2009, fui delegada a la REAF. Al grupo temático (GT) de Género.

Hasta el 2008 en la REAF sólo habían participado organizaciones de segundo grado como AMRU (Asociación de Mujeres Rurales del Uruguay), la Red (Red de Mujeres Rurales), Comisión Nacional de Fomento Rural (CNFR), CAF (Cooperativas Agrarias Federadas). En ese momento se decide de alguna forma cursar invitación a las MDR para que manden delegados. Y yo fui delegada por la MDR de Paysandú. Nos reuníamos cada 6 meses previo a la realización de la REAF, en secciones nacionales, se hacía una en cada país participante. Ahí los representantes del país preparábamos los temas para esa reunión. Es decir, qué posturas se iba a llevar para los cinco ejes que había en ese momento, que eran Género, Juventud, Acceso a la Tierra, Cambio Climático y Mercados.

Yo participaba de las dos sesiones nacionales y luego cada GT elegía el delegado que iba a la instancia internacional. Un delegado por GT viajaba y después representantes institucionales. Yo fui a la sesión de Buenos Aires. Después a Caxias. Fui a Brasilia, al primer Congreso Internacional de Mujeres Rurales y Campesinas de América Latina, que se hizo en el marco del Año Internacional de la Agricultura Familiar. Ese año participé además en la comisión de festejos del Uruguay. Porque dentro de la REAF se creó una subcomisión para trabajar por el Año Internacional de la Agricultura Familiar en 2014.

Son actividades interesantes. ¡Bastante burocráticas! Hay que tener paciencia para eso. Una vez en Brasil, creo que fue en Brasilia, había una guatemalteca que dio una charla, que hablaba del turismo gremial. Y ¡qué razón tenía! Cuánta gente trabaja en estas cuestiones y es porque van a pasear y nosotros les pagamos los pasajes. ¡Es increíble! Tanto del lado de la institucionalidad pública y política, como de nosotros mismos, la sociedad civil. Gente que va por el acomodo. Entonces ¡eso cansa!

Una de las cosas que se propuso en el marco de la REAF era que la sociedad civil necesitaba un espacio dentro de las sesiones de la REAF, en horas y en lugar físico, para discutir más a “calzón quitado” los temas y poder negociar y aunar posiciones. Porque la institucionalidad tenía otros espacios de diálogo, pero la sociedad civil no. No nos juntábamos después. Y se logró. Entonces teníamos reuniones y se labraban actas de esas reuniones con lo que se resolvía. Y eso era lo que tenía que presentar la delegación. Una vez nos pasó que quedó sentado en el acta una crítica a la institucionalidad, y un delegado de una organización de segundo grado nos vino a decir que eso no lo podíamos presentar. Y dijimos “Eso se discutió, se votó y fue la resolución por unanimidad de las organizaciones representadas de todos los países, lo vamos a presentar”. Entonces es como que no quieren quedar mal con la institucionalidad porque si no después no tienen beneficios,

se pierden algún “viajecito”... Eso te demuestra que es una negociación constante. Es re difícil lidiar con eso.

Algunas de las cosas importantes sobre las que trabajamos en el período que yo estuve yendo, fue la co-titularidad de la tierra. Que es algo que después se implementó a nivel del Instituto Nacional de Colonización y que creo que ha servido mucho. También trabajamos otros temas, la asistencia técnica con enfoque de género, el acceso a crédito por parte de las mujeres... Lo que me llamó la atención fue el desconocimiento que hay de la zona norte del país. Casi todo se basa en el conocimiento del sur, más bien de la zona metropolitana. A su vez, nos dimos cuenta lo mal que estamos, fallamos en todos los escalones, en todos los ámbitos, públicos y privados. A pesar de existir una ley de herencia igualitaria, es muy baja la proporción de mujeres que acceden a la tierra y por tanto a créditos y demás. Es como “remar en dulce de leche”. Por eso es tan importante la discusión de políticas diferenciadas en estos espacios... A pesar de la lentitud algunos “frutos” de ese trabajo se empezaron a ver.

Por ser mujer los que más me discriminaron fueron las personas que cobraban un sueldo por trabajar en instituciones públicas por la igualdad de género. Una de las que me acuerdo fue en 2012, una de las primeras veces que fui a Montevideo por la REAF. Habíamos trabajado en la mañana y mi grupo me eligió para presentar en el plenario de la tarde. Entonces se me acerca una persona, representante institucional y me dice “Vení, mira, yo te voy a explicar, te voy a enseñar cómo tenes que hablar”. Yo ¡ya me calenté! En realidad, como para mí era todo nuevo estaba bastante cohibida, entonces no le dije nada. Pero seguramente mi cara fue la traducción de mi sensación; porque se acerca una mujer, representante de una organización de segundo grado a decirme “No te lo tomes a mal, él lo que quiere es que seas una señora”. Y yo pensé “¿soy una vaca acaso?”. Yo estaba enojada porque yo representaba a las mujeres de mi zona, que muchas viven en condiciones precarias, y no iba a hablar “ven tú que te toca a tí”. Yo no iba ahí para quedar bien, ni para hablar como hablan ellos, yo iba a reclamar por nuestros derechos. Además, aunque tuviera que “pulirme”, no son maneras ni formas de tratar a una persona. Fueron totalmente violentos y groseros.

Otra anécdota fue cuando fuimos a una REAF en Buenos Aires. A la noche fuimos a cenar, con dos compañeros representantes de otras organizaciones, a un restaurante que quedaba a la vuelta del hotel donde nos alojábamos. Cuando ya habíamos casi terminado de cenar, llegó un representante institucional, y como estaba lleno el lugar y en nuestra mesa había espacio, lo invitamos a sentarse con nosotros. Pidió su comida y pidió una botella de vino. Cuando le trajeron su botella, le ofreció a los dos varones que estaban conmigo y a mí ni siquiera me preguntó. Y todos teníamos copas porque antes habíamos estado tomando

también. Se supone que es una persona capacitada, un técnico. Y es una persona que hasta el día de hoy cobra un sueldo por trabajar en la igualdad de género.

Participando en el GT de Género aprendí que hay muchas cosas que se hacen porque se tienen que hacer, porque es políticamente correcto hacerlo, incluso porque están legisladas. Pero no hay conciencia de porqué hacerlo, no hay convencimiento de que es de justicia humana hacerlo así. Entonces es como “manteca en hocico de perro”, no germina. Tienen que hacer talleres de sensibilización de género y todo eso, pero le “rompe los cocos”. Consideran que es una “boludez”. No visualizan que existe realmente desigualdad de derechos y oportunidades. Es como que jnos quejamos de llenas!

El andar en todas estas cuestiones de participación y representación me enseñó muchísimo. Aprendí que no siempre en los lugares importantes están los más capacitados, sino los que de algún modo logran estar. Conocí mucho, hice amigos, conocí buenas personas. A pesar de ser burocráticos, son espacios que ayudan, que es necesario que existan, tratando de buscar “la manera” de que quienes participen estén realmente comprometidos con la tarea... porque peor estaríamos sin ellos.

4- PRODUCCIÓN FAMILIAR: SER PRODUCTORA

Dejé de participar en esos espacios porque me cansé, el tiempo no me daba para todo y tuve que priorizar algunas



Karina recibiendo el reconocimiento como productora rural.

cosas. Teníamos este proyecto acá [campo colectivo del INC], y los dos [esposo y ella] empezamos a trabajar acá. Si yo seguía en eso, recargaba quien quedaba, tanto en los trabajos familiares como los del predio. Y además llevaba adelante la administración del emprendimiento, trabajo por el cual cobraba y necesitaba de ese ingreso. Y por otro lado, esto [campo colectivo] era todo un desafío. Justo cuando pensábamos que ya no se nos haría realidad el sueño de trabajar nuestra propia tierra, llegó el campo colectivo y el comienzo de varios proyectos que anhelábamos hacer. Entonces, al final estaba poniendo más de mi bolsillo, tiempo y esfuerzo. Si bien me pagaban los pasajes y algún viático, siempre tenía otros gastos.

A pesar de ser un “rompedero” de cabeza, me gusta. Está bueno discutir, más allá de que salga o no tu moción. Porque uno aprende, debate, genera vínculos. Llevé muchas veces la opinión que no era mía, era del colectivo que yo representaba. Pero es importante el tema de los escalones en la participación, sobre todo cuando existen espacios más altos. Por ejemplo, en las MDR participaban varias organizaciones de productores, pero en Paysandú ninguna tenía mayor conocimiento del ámbito de la REAF. Por eso es importante que la opinión sea representativa de los de más abajo.

Eso creo que también ayudó a que me dieran el reconocimiento ARU-El País como productora rural. Que es mucho y no es nada. Es mucho porque me sentí feliz de ser reconocida, fue una sensación de que había logrado algo, había logrado “hacerme ver”. Una de “Los nadies” de Galeano⁷ había sido vista. Aunque sé que en el fondo sólo tuve suerte de que me notaran. Tengo certeza de que en Uruguay hay cientos de personas más merecedoras que yo de ese premio. Que simplemente no han sido “vistas”. Por eso sé que también no es nada, porque no hay que creérsela y “las luces duran un ratito”.

La oportunidad de ser colonos nos ha permitido participar activamente en actividades y proyectos del Plan Agropecuario. Que me hayan reconocido para las Mentorías⁸ es algo que agradezco mucho porque yo no tengo ningún título universitario ni de ninguna índole. Sólo aprendí de la vida, pero en la ruralidad hay saberes que no se pueden enseñar en otros lados.

7) Eduardo Galeano, periodista y escritor uruguayo (1940-2015).

8) Mentorías es un programa del Instituto Plan Agropecuario llevado adelante en el marco de sus 25 años de creación, que tiene por objetivo motivar y ayudar en el emprendimiento de los productores rurales del país.